

Sargento Inocencio Chincá
De la Orden de los Libertadores



Sargento Mayor
León Jaime Zapata García

Estamos a un año del sesquicentenario de la Campaña Libertadora y celebramos el de aquel que fuera el año preparatorio de las grandes victorias: 1818. Ya la figura de Morillo había pasado como un huracán, descuajando del suelo granadino los más airosos robles republicanos, y se encontraba en Venezuela operando sobre los patriotas que por doquiera hostilizaban a las fuerzas realistas. En las inmensidades de los llanos las guerrillas cobraban caro diariamente la osadía de los parciales del rey. Allí, un ejército de granadinos y venezolanos (1) al mando inicialmente de Páez, Santander, Urdaneta y muchos más, y poco después bajo la autoridad indiscutible de Bolívar, alimentaron el fuego libertario que hizo posible el triunfo definitivo.

Chineá y los centauros de la libertad.

Para formarnos una idea de esta guerra tenemos que recurrir necesariamente a quienes fueron sus ejecutores. Veamos lo que dice el General Páez sobre ella: "El sistema de guerrilla es y será siempre el que debe adoptarse contra un ejército invasor en países como los nuestros donde sobra terreno y falta población. Sus bosques, montañas y llanos convidan al hombre a la libertad, y le acogen en sus senos, alturas y planicies para protegerle contra la superioridad numérica de los enemigos. En las montañas y bosques no debe jamás el patriota tomar la ofensiva; pero en las llanuras jamás desperdiciará la ocasión que se le presente de tomar la iniciativa contra el enemigo y acosarle allí con tesón y brío. A este género de táctica debemos, los americanos, las ventajas que alcanzamos cuando no teníamos aún ejército numeroso y bien organizado. A la disciplina de las tropas españolas, opusimos el patriotismo y el valor de cada combatiente; a la bayoneta, potente arma de la infantería

española, la formidable lanza manejada por el brazo más formidable del llanero, que con ella, a caballo, y a pie, rompía sus cuadros y barría sus batallones; a la superioridad de su artillería, la velocidad de nuestros movimientos, para los que nos ayudaba el noble animal criado en nuestras llanuras.

Los llanos se oponían a nuestros invasores con todos los inconvenientes de un desierto, y si entraban en ellos, nosotros conocíamos el secreto de no dejarles ninguna de las ventajas que tenían para nosotros. Los ríos estorbaban la marcha de aquéllos, mientras para nosotros eran pequeños obstáculos que debíamos salvar, cruzando las corrientes con tanta facilidad como si estuviéramos en el elemento en que nacimos" (2). Santander a su vez expresa: "Durante la campaña de los llanos, de 1816 a 1818, se hacía la guerra a los españoles con caballería y muy poca infantería. La movilidad del arma de caballería, la facilidad de atravesar a nado los ríos y caños crecidos, y el conocimiento práctico del territorio, la abundancia de ganados que era el único alimento de las tropas, la carencia de hospitales, de parques y provisiones, daban a las tropas independientes ventajas muy considerables sobre los españoles. Los caballos y el ganado, se tomaban donde estaban, sin cuenta alguna y como bienes comunes; el que tenía vestido lo usaba; el que no, montaba desnudo su caballo con la esperanza de adquirir un vestido en el primer encuentro con el enemigo. Habitados los llaneros a vivir con carne sola, y a robustecerse sufriendo la lluvia, no temían la falta de otros alimentos ni el crudo invierno de aquel territorio. Nadadores por hábito, ningún río los detenía en sus marchas: valerosos por complexión, ningún riesgo les intimidaba" (3). El historiador Peñuela nos relata sobre el

particular: "La vida que entonces y mucho después pasaron los luchadores por la independencia es de increíbles penalidades y privaciones. Raro el que conservaba algo de calzado; los soldados andaban casi todos sin sombrero; solo llevaban, por necesaria decencia, el guayuco hecho de hojas o cortezas de árboles, y cuando mataban reses se disputaban el cuero para formarse abrigos y otros enseres de vestido. El alimento ordinario y casi único era la carne, que solo de vez en cuando la comían con sal. El armamento había de ser análogo; llevaban fusiles cuando se los arrebataban al enemigo; los jinetes de mayor categoría llevaban lanza bastante ancha, que entre ellos se llamaba vulgarmente *cuchara*; y los demás, chuzos de albarico, madera muy fuerte y fina que resistía un combate entero sin embotarse. La mayor parte eran soldados de caballería, pero las sillas eran simples fustes de madera bien aseguradas con correas sin turtir; en cuanto al caballo, a cada cual le entregaban un potro corretero para que lo educara; el día de la remonta, es decir, en que dejaban los caballos cansados para tomar otros frescos, después de largas bregas lograban ensillarlos, y a una voz todos montaban; empezaba entonces la sacudida general de todos aquellos animales enfurecidos, 500 o 600 a la vez, corcoveando y haciendo mil esfuerzos por tumbar sus jinetes; a la prevención se colocaban alrededor del campo unos cuantos centinelas montados en caballos mansos, no para auxiliar a los que se dejaban caer, sino para coger los cuadrúpedos que intentaran escaparse con la silla" (4).

Con las citas anteriores ya el lector se habrá formado una idea justa de cómo eran los valientes centauros que hicieron realidad las leyendas mitológicas. No todos eran originarios de la región; con ellos estaban los que acom-

pañaron a Santander y Serviez en su retirada del altiplano y los granadinos que posteriormente se les unieron. Fueron muchas las penalidades que afrontaron pero la constancia y la voluntad hicieron que el medio los absorbiera asimilándolos a los nativos o habilidad para el dominio de las calabaduras, estoicismo para soportar las inclemencias y destreza para el manejo de las lanzas.

Ahora, imaginémosnos entre la multitud de llaneros a nuestro personaje a **Inocencio Chincá**, un mestizo en el que ya sangre se unieron las características étnicas de los peninsulares y los indígenas: Valor, arrojo y malicia; natural de Arauca (5), de aquella provincia donde el río colombiano de nombre, demarcador de la frontera cambia de nacionalidad para verter su caudal internacional en el majestuoso Orinoco. Nada sabemos de su genealogía, pues, los hijos de estas latitudes son todos iguales en linaje, en fortaleza y valor: desconocen el significado de los pergaminos pero en cambio aprovechan las pieles para vestirse, batir y vivir. Allí en franco connubio con la furia de los elementos, luchan con las fieras y con los mismos hombres templó su personalidad quien poco andar, en plena juventud, puso su pericia, vigor y bravura al servicio de la patria al escuchar en la lejanía un rumor de injusticias, de fusilamientos, de cadenas y humillación. Peón de ganados seguramente antes que dueño, hasta sus dominios del ilegal de aguende los Andes sobre vientos del trópico, el chocar de aceros, el cruzarse de las lanzas y fúnebre olor de la pólvora. Probablemente pasó el Arauca, su río familiar para indagar más sobre los movimientos rebeldes que iban tomando cuerpo en la llanura ilimitada; tal vez vió sobre el dorso temblante de aquella corriente hasta su confluencia con



Sgto. Mayor LEON JAIME ZAPATA G.

Orinoco y no sabemos si regresaría a su rancho de hojas de palmera, amoblado —como todos los de la región— con cabezas de caballo y cráneos de caimán, con un cuero crudo y seco por cama, pues no era la hamaca en aquellos tiempos elemento muy común en las rústicas habitaciones. Si tal ocurrió, es seguro que sobre la cabalgadura o en las pocas horas de reposo debió meditar sobre su alistamiento y si se enrolaría aquí o allí, a las órdenes de este o aquel jefe. Lo cierto es de que formaba entre hombres de confianza del General José Antonio Páez en la unidad que él calificaba como su Guardia, para quienes reservaba las misiones más atrevidas y a cuyo frente iba regularmente el León de Apure (6).

Las Queseras del Medio.

La célebre carga de las Queseras del Medio, desprovista del planeamiento que antecede a las grandes batallas y con conocimiento previo, casi acertado, de las fuerzas enemigas, es la más gloriosa de las acciones del General Páez. Jamás en la gesta magna hubo un combate más fulgurante ni más desigual. La caballería republicana superó en este memorable día las épicas hazañas cantadas por los clásicos inmortales. Bolívar quien acababa de regresar de Angostura (7), tu-

vo la satisfacción de ser testigo de la batalla; Morillo, quien venía actuando contra los patriotas en los cantones de Apure y Barinas, se encontraba cerca de la ribera izquierda del Arauca (8), abandonada por Bolívar el día anterior para no comprometerse en un encuentro a fondo con el enemigo. Atendiendo la solicitud de Páez, el Libertador le ordena cruzar el río para que usando de su táctica acostumbrada provoque a los cuerpos realistas atrayéndolos hacia un sitio indicado para emboscarlos. Elige el jefe llanero 150 jinetes, los más temibles del ejército de Apure en el manejo de la lanza, y marcha hacia el campamento de Morillo el 2 de abril de 1819. Una de estas afiladas lanzas iba en las nervudas manos del Cabo **Inocencio Chincá**, quien con sus compañeros escalaría ese día el cielo de la gloria.

El esplendor de la victoria se refleja en los documentos que a continuación transcribimos. El "Boletín del Ejército Libertador" fechado el día siguiente dice en una de sus partes que el enemigo al ver las tres pequeñas columnas que avanzaban "movió inmediatamente todas sus fuerzas, y cargando con su caballería al mismo tiempo que hacía fuego la artillería y la infantería, se dirigió a la orilla del río precipitadamente, cierto de oprimir a aquellas pequeñas columnas y arrojarlas al agua. El señor General Páez, sufriendo un fuego horroroso, se retiraba en orden, dejando el paso del río a la espalda. El enemigo creyéndole perdido, desprendió toda su caballería sobre tan corto número de hombres, y dirigió sus fuegos sobre la orilla, que defendía una compañía de Cazadores. Luego que el General Páez observó que las columnas de caballería se habían alejado de las de infantería, hizo volver caras a su gente, y acometió de frente a la caballería enemiga, que por lo menos constaba de



Cerro de la Guerra en el sitio del Pantano de Vargas. Junio de 1968

mil hombres, 200 de ellos carabineros, al mismo tiempo que nuestros Cazadores hacían un fuego acertado. Jamás se ha visto un combate más desigual ni más glorioso para las armas de la República. El General Páez y sus bravos compañeros se han excedido a sí mismos, haciendo mucho más de lo que justamente debía esperarse de su valor y de su intrepidez. En vano el enemigo opuso la más obstinada resistencia: en vano los carabineros echaron pie a tierra: todo fue inútil" (9). El total de las tropas realistas ascendía a 7,000 (10) y aunque todas no entraron al combate, Morillo abatido por la crecida pérdida de vidas, cerca de 500, y la desmoralización que cundió en sus filas, emprendió la retirada hacia la localidad de Achaguas. En las filas patriotas los muertos fueron el Sargento 1º **Isidoro Mujica** y el Cabo 1º **Manuel Martínez**; heridos el Te-

niente **Coronel Manuel Arraiz**, Capitanes **Francisco Antonio Salazar** y **Ju Santiago Torres**, Cabo 1º **José Ros** Soldado **Francisco Losada** (11).

Bolívar, quien observaba desde orilla derecha la audaz maniobra los jinetes del gran Páez, aunque desconfiaba del éxito, nunca llegó a imaginarlo tan grande que obligara Morillo a alejarse de aquel teatro. Al día siguiente el Libertador expidió decreto que se transcribe a continuación concediéndole a los héroes de esta batalla la **Cruz de los Libertadores** (12).

"Simón Bolívar, Presidente del Estado etc., etc."

"Deseando dar un testimonio de consideración y aprecio que merecen los Bravos del ejército, que en el combate de las **Queseras del Medio**,

manifestado ayer un valor verdaderamente heroico, he decretado lo siguiente:

Art. 1º Todos los Jefes, Oficiales, Sargentos, Cabos y Soldados que componían el destacamento de caballería que combatió ayer contra todo el Ejército español, y derrotó a toda la Caballería enemiga, serán desde hoy miembros de la orden de los libertadores, y usarán de la venera en virtud de este decreto.

Art. 2º El señor General de División José Antonio Páez, que mandó en persona este destacamento, pasará a la Secretaría de la Guerra, una lista de todos los que lo componían, para que inscribiendo sus nombres en los registros de los Miembros de la Orden, se les libren los despachos correspondientes y se impriman y publiquen como Beneméritos de la Patria. Publíquese, imprímase e insértese este decreto en la orden general del Ejército.

Dado, firmado de mi mano y refrendado por el Ministro Secretario de la Guerra, en el Cuartel General de los Potreritos, a 3 de abril de 1819. **Simón Bolívar**, Pedro Briceño Méndez, Secretario, ... El General Jefe del Estado Mayor General **C. Soublette**".

El Genio de América saludó con la siguiente hermosa proclama a los vencedores:

"A los bravos del Ejército de Apure"

¡Soldados! Acabais de ejecutar la proeza más extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las naciones. Ciento y cincuenta hombres, mejor diré ciento y cincuenta héroes, guiados por el impertérrito General Páez, de propósito deliberado han atacado de frente a todo el ejército español de Morillo. Artillería, infantería, caballería, nada ha bastado al enemigo para defenderse de los ciento y cincuenta compañeros del intrepidísimo Páez. Las columnas de caballería,

han sucumbido al golpe de vuestras lanzas: la infantería ha buscado un asilo en el bosque: los fuegos de sus cañones han cesado delante de los pechos de nuestros caballos. Solo las tinieblas habrían preservado a ese Ejército "de viles tiranos" de una completa y absoluta destrucción.

¡Soldados! Lo que se ha hecho no es más que un preludio de lo que podeis hacer. Preparaos al combate y contad con la victoria, que llevais en las puntas de vuestras lanzas y de vuestras bayonetas.

Cuartel General en los Potreritos Marrereños, a 3 de abril de 1819. **Bolívar**" (13).

"Aunque todos pertenecian al ejército de Apure, —afirma Cayo Leonidas Peñuela— más de la mitad de aquellos 150 centauros eran granadinos y aún había 3 ecuatorianos; cerca de 50 eran boyacenses" (14).

En la legendaria vida de Páez como guerrero no hubo otro hecho más importante que esta batalla, de la que siempre se sintió orgulloso el caudillo venezolano, con exceso de razón. Recordándola en su *autobiografía* dice: "La lanza, arma de los héroes de la antigüedad, en manos de mis ciento cincuenta hombres, hizo no menos estragos de los que produjera en aquellos tiempos que cantó Homero..." (15).

Siguen las tropas patriotas diezmando con sus guerrillas los efectivos realistas, minando su resistencia, impresionando a Morillo con su movilidad, sagacidad y valentía. Bolívar va de una a otra parte de la extensa llanura madurando su grandiosa campaña, impartiendo órdenes, averiguándolo todo, disponiendo y calculando lo concerniente para la atrevida empresa. Por fin el 26 de mayo revela su determinación de marchar hacia la Nueva Granada, movimiento que inicia el 27 partiendo de Mantecal. El plan ini-

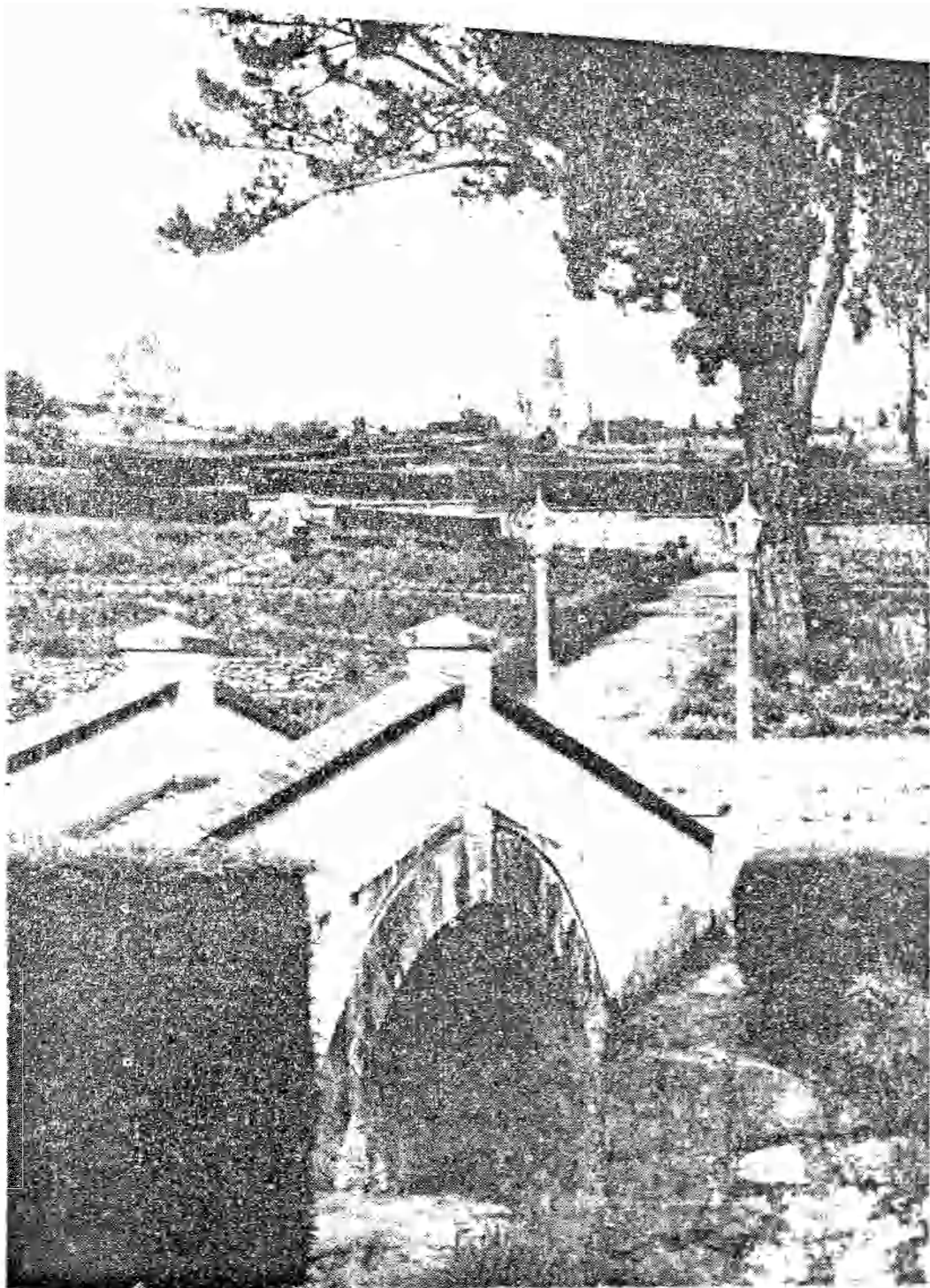
cial sufre una alteración en cuanto a la ruta, pues una vez en Guasualito (3 de junio), opta por no entrar por Cúcuta y elige la ruta del Páramo de Pisba (16), visión genial que llevaría al ejército republicano a la victoria total.

Marcha hacia la Nueva Granada.

El Ejército Libertador llega a Guasualito en donde Bolívar y Páez tienen una importante entrevista. Ya en desarrollo el plan de la campaña, los granadinos que estaban en los diferentes cuerpos, entre ellos el ya Sargento **Inocencio Chincá**, pidieron marchar en las unidades de vanguardia (17). Las penalidades soportadas por las tropas a través de los llanos convertidos en inmensas lagunas por el fuerte invierno fueron indescritibles, pero más lo fue el triunfo sobre estas dificultades. Todos los obstáculos fueron superados etapa tras etapa; el 4 de junio el Libertador entra a Arauca; el 12 a Tame, en donde une sus fuerzas con las del General Francisco de Paula Santander, quien provee al ejército de alojamiento y buenas raciones con que recuperar las gastadas energías. Se reanuda la marcha y se acreditan los sufrimientos, pues, a medida que se abandonan los obstáculos de los llanos van surgiendo los de la montaña, diferentes pero más fatales aún. Las enfermedades, las deserciones por temor al frío, la muerte de las acémilas al cambiar también de terreno, etc., jalonan el sendero que conduce a las desiertas y heladas cumbres de los Andes. El 27 de junio, un mes después de la salida de Mantecal, la vanguardia tuvo su primer encuentro y la primera victoria en el puente sobre el río Payero, en la vía que de Paya lleva a Labranza-grande, sobre un destacamento al mando del Sargento Mayor Juan Figueroa y Ladrón (18). La retirada de esta

tropa, tras dejar varios muertos, trócese en derrota ante la pertinaz e inteligente persecución de los patriotas. Atrás habían quedado Tame, Por Morcote, y muchos sitios más; al frente, la mole desafiante de Pisba con sus mortales ventisqueros. El 19 de julio el Coronel Joaquín París con una parte del **Batallón Cazadores** vence la cima del páramo (19) y ha conocido de los pueblos circunvecinos la proclama de Bolívar que llena de felicidad y optimismo a sus habitantes (20). Detrás de los **Cazadores** cruzan los demás cuerpos siguiendo el mismo sendero el cual cobra con sus vicisitudes la arrogancia de los patriotas; segando la vida de muchos de sus hombres y acabando prácticamente con las bestias de silla y carga (21). Llegado Bolívar a Socha el 6 de julio, registró con alegría cómo esta población, con Socotá y Tasco, habían corrido en auxilio del ejército con alimentos, vestuario y cabalgaduras que muchos de sus habitantes se irribian para engrosar sus filas. Santander desde Tasco abre operaciones sobre Barreiro cuyos destacamentos van cediendo terreno a los patriotas después de heroicos esfuerzos de parte y parte.

En las proximidades de los Aposentos de Tasco, el 10 de julio (22), el Coronel Justo Briceño adelantaba con su escuadrón el reconocimiento de la vía a Corrales, cuando se encontró con una unidad similar realista que hallado actuado sorpresivamente en Tasco contra los patriotas, trabándose inmediatamente recia lid la cual inicia el Sargento Chincá de un lado y el Capitán Bedoya del otro; combate entre titanes de la caballería que enciende el fuego de la lucha entre los contendientes de ambos bandos. De esta acción Chincá salió herido en un brazo y en el campo quedaron sin vida el Sargento **Antonio Aranguren** y el



PUENTE DE BOYACA — JUNIO DE 1968

tro hombres más, mientras que entre los realistas las bajas ascendieron aproximadamente a 20. Ante la llegada de nuevos escuadrones españoles los patriotas se retiraron sin poder evitar que algunos de sus hombres cayeran prisioneros, siendo ejecutados a lanzazos inmediatamente llegaban a las filas realistas (23). Ya a las puertas de Gámeza el jefe realista sorprendido a media compañía del **Cazadores** que tras heroica resistencia ante fuerza superior tuvo que abandonar el campo siendo perseguida por los españoles, quienes dieron de baja al Sargento **Santos Alquiza** y a los Cabos **Ramón Mesa** y **Antonio Ulma** y tomaron prisioneros a 26 soldados cuyas vidas no contarían más en la gloriosa campaña, pues siguieron la misma suerte de los anteriormente nombrados. El 11 de julio los dos ejércitos se movilizan. El realista ocupa las fuertes y ventajosas posiciones que le brinda la Peña de Tópaga, en la ribera sur del río Gámeza. La lucha fue larga, ardua y cruenta. El enemigo disponía de una ubicación tan favorable que todo hacía prever el triunfo contrario y aún no se explican los críticos cómo Barreiro no fue capaz de batir a los republicanos. Pero a la luz de la historia debemos aceptar el genio iluminado de Bolívar que antes que disminuir se agigantaba ante el peligro. Comandaba un ejército alimentado también por ideales de gloria y libertad, ante cuyo empuje los más invencibles caían arrollados inevitablemente. Al llegar la noche la batalla no presentaba decisión para ninguna de las fuerzas; la sangre había corrido inmisericordemente; el ejército libertador había perdido egregios jefes y magníficos soldados. Bolívar dispuso retirada a la localidad de Gámeza, en cuyo movimiento perdió la vida el Coronel Arredondo, uno de los más destacados comandantes

de la inmortal campaña. Esta batalla y las anteriores causaron muchas pérdidas y consecuente debilitamiento en los efectivos realistas. Ya sabía el español que el ejército de descamisados era un ejército con coraza de oro en el alma y en el corazón; que tendría que igualar al menos su coraje para intentar vencerlo. Vienen ahora los movimientos que conducen a las dos fuerzas a encuentros más decisivos. Bolívar con su genial habilidad impone su ley obligando a Barreiro a cambiar constantemente de sitio para ir pedir la marcha del ejército hacia Bogotá. Mientras tanto los patriotas se grosaban las filas libertadoras; los que habían cruzado los Andes repataban sus energías; los reclutas aprendían el manejo de las armas y el juego de la guerra.

Volvamos a Gámeza. Analizando Bolívar los resultados de la batalla y la situación del enemigo, de esta localdad regresa con sus tropas a Tasco 12 de julio, en donde se le incorporan algunas fuerzas; concluyendo lo inútil de un nuevo ataque al ejército español, emprende el 16 un movimiento sorpresivo de flanqueo; atraviesa el Chicamocha y se presenta en el eglógico valle de Cerinza el 18; al día siguiente ocupa Santa Rosa y el día siguiente acampa en Duitama, colocando su vanguardia en Bonza (24). Ante la maniobra de Bolívar, Barreiro reúne sus fuerzas y se traslada a Paipa, ocupando Boncita, Molinos de Bonza y Los Sauces para mantener su línea de comunicación con Tunja y Bogotá. El objetivo principal del Libertador es avanzar hacia Tunja, de gran significación estratégica, para lo cual trata de romper las líneas enemigas enviando al General Santander, el 22 de la noche, desde Bonza, a un ataque sorpresivo, cualidad muy peculiar de Bolívar; este no puede llevarse a efecto, pues la oscuridad y una fuer-

y prolongada lluvia causó la pérdida de los dos prácticos que guiaban a la tropa. La demora en continuar contrariaba el ánimo del Libertador y favorecía a Barreiro que esperaba refuerzos; ante esto ordena la construcción de balsas para cruzar el Chicamocha que estaba crecidísimo por el crudo invierno y en la madrugada del 25 de julio el ejército republicano inicia su movimiento hacia Vargas, para tomar el camino que de Firavitoba pasando por el Alto de los Frailes, la Villana, Toca y Chivatá, conduce a Tunja. La labor de vadear el río resultó más larga de lo calculado, pues, solo hasta las 10 de la mañana pudo terminarse. Barreiro, avisado sobre el particular, salió a marchas forzadas a impedir el objetivo de los patriotas alcanzando con su descubierta a la Granadina en la Cruz de Murcia, exterminándola casi en su totalidad. El ejército español llegó primero a Vargas y ocupó las mejores posiciones; Bolívar instaló su puesto de mando en un pequeño cerro, desde el cual dominaba gran parte del terreno y dispuso la colocación de las tropas, dejando la caballería como reserva. Al medio día se inicia la batalla que ganada milagrosamente, se considera con sobrada razón como el pórtico de la libertad granadina.

El Sargento Chincá coloso del Pantano de Vargas.

Aunque los sitios de las principales batallas de la Campaña Libertadora deberían ser para los colombianos lo que la Meca para los musulmanes, son muchos los que no los conocen. Y por esto, nos parece conveniente transcribir aquí la descripción que del Pantano de Vargas nos hace el historiador Cayo Leonidas Peñuela: "Se llama Pantano de Vargas a un angosto valle situado a poco más de una legua al oriente de la población de Paipa;

tendrá unos cuatro kilómetros de longitud de sur a norte, y uno y medio de anchura de este a oeste; por el centro va la quebrada de Vargas, cuyos desbordes formaban hasta no ha muchos años pequeñas lagunas y hondos tremedales, de donde le ha venido el nombre al paraje; a dicha quebrada fluyen todos los arroyos que en extensión como de una legua cuadrada se forman con las lluvias. La parte occidental del vallecito está formada por un pequeño ramal de cordillera, de formas redondeadas, que van alzándose a medida que se adelanta hacia el sur, donde encontrándose con el macizo que queda entre Tota, Paipa y Tibasosa, Firavitoba y Pesca, presenta el aspecto como de un anfiteatro, con bonitas casas de campo, magníficas sementeras y pobladores laboriosos e inteligentes, que conservan con filial esmero y veneración los recuerdos y tradiciones de la batalla inmortal que sus abuelos presenciaron. Las alturas que, desprendiéndose del mismo macizo forman una cresta entre Vargas y los alrededores de Tibasosa, le sirven al Pantano como marco por el oriente, pero allí se separa un poco de la masa que pudiera llamarse la magistral, una pequeña cuchilla llamada el Picacho, que al separarse en dirección paralela a la principal, deja una angosta hondonada. Dos pequeñas estribaciones que llegan casi hasta la orilla de la quebrada de Vargas es lo único que interrumpe el nivel de la llanura por aquella parte" (25).

Con la descripción anterior y no siendo nuestro propósito hacer un análisis de la batalla, nos concretaremos a la fase en la cual el Sargento **Inocencio Chincá** escaló la cima de la gloria, conquistando nuevos laureles para su corona heroica.

El General Santander inicia el combate avanzando hacia el cerro del **Picacho** denominado hoy "**Cerro de la**

Guerra", posición la más disputada por su significación para la fuerza ocupante. Contra esta posición se estrellaron una y otra vez los intentos de los patriotas, debido al inteligente refuerzo dispuesto por Barreiro. El General Anzoátegui había atacado el pequeño cerro del Cangrejo, luchando contra el enemigo que se aferraba al terreno con pasmosa resistencia. No fue mucho lo que logró esta unidad contra la realista que había sido apoyada por tropas del **Numancia** y **Dragones de Granada**, aunque tampoco podían reconocerse ventajas del enemigo en un principio; pero lentamente Anzoátegui fue perdiendo terreno, retirándose sin dejar de combatir hasta la quebrada de Varguitas. Había el General Santander cargado fuertemente a la bayoneta sobre el Picacho, logrando una penetración considerable, siendo rechazado por las unidades del rey, uno de cuyos abanderados enarbola en la cima su pendón de guerra. El optimista jefe español ante aquel hecho no pudo contener su alegría y exclamó: "¡Viva España! Ni Dios me quita la victoria". Inmediatamente 500 jinetes realistas avanzan para completar la derrota de las fuerzas granadinas, ante lo cual Bolívar palideciendo notablemente dice a quienes le acompañan: "Se nos vino la caballería y se perdió la batalla". Rondón que estaba cerca, le dice: ¿Cómo se ha de perder si ni yo ni mis jinetes hemos peleado? Déjenos hacer una entrada", y el Libertador sin tardanza le ordena: "Haga lo que pueda; salve, pues, usted la patria Coronel". Rondón desciende entonces del cerrito como un huracán gritando: "¡Camaradas! los que sean valientes síganme, porque en este momento arrojo sin igual secundan a su jefe, devoran la distancia, pasan por sobre los obstáculos como si fueran muelles alfombras ante los ojos estupefactos

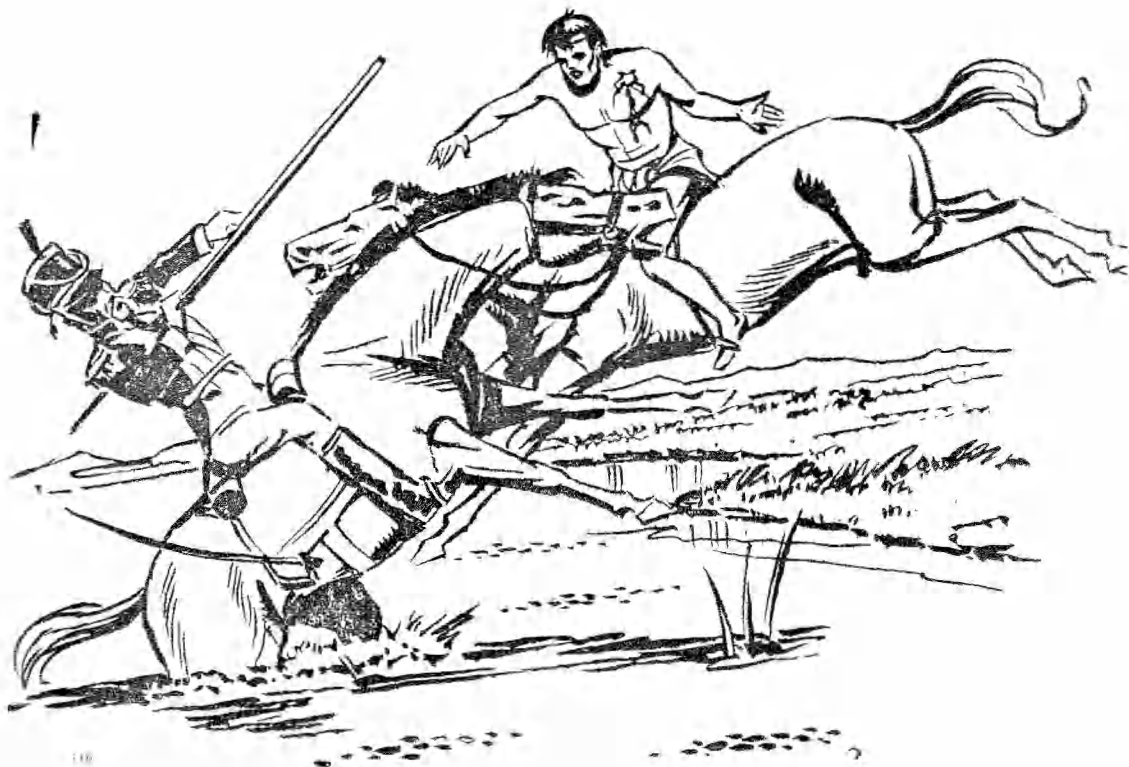
de Bolívar, llegando antes que el enemigo al cerro del **Cangrejo**. Inspirado el Libertador y nuevamente encendido su espíritu por el genio que en él vivía, ordena tocar a la carga al tiempo que desciende también raudo mandando al ataque a todos los escuadrones que salen como flechas siguiendo el ejemplo de los 15 colosos de la gloria y llegando al sitio indicado acometen con fiereza a las brillantes tropas realistas, entre las cuales Rondón y sus compañeros, habían sembrado con su potente carga el desconcierto. La desorganización de las mismas se completa con la llegada de las demás tropas patriotas.

Catorce jinetes con alas de fuego, a la voz de un jefe igualmente valiente, el héroe americano **Juan José Rondón**, inflamaron el pecho de sus bravos compañeros y devolvieron el vuelo genial al inmortal Bolívar; sus nombres guardados con veneración por nuestra historia, son:

Capitán **Juna Mellao**
 Capitán **Valentín García**
 Capitán **Miguel Lara**
 Capitán **Domingo Mirabal**
 Capitán **Celedonio Sánchez**
 Teniente **Cruz Paredes**
 Teniente **Rozo Sánchez**
 Teniente **Pablo Matute**
 Teniente **Pedro Lancheros**
 Sbtte. **Bonifacio Gutiérrez**
 Sbtte. **Saturnino Gutiérrez** (hermano)
 Sbtte. **Miguel Segovia**
 Sargento **Pablo Segovia** (hermano)
 Sargento 2º **Inocencio Chincá**.

De los anteriores, Mellao, Lara, Mirabal, los dos Sánchez y nuestro personaje eran de los leones de las Querreas del Medio.

Pero la batalla no ha terminado aún. La lluvia se suma a las dificultades; el calor de la lucha no amaina y la noche está próxima. De repente dos bríos



corceles, el uno de aristocrática especie, el otro un potro criollo como su dueño, guiados por sendos e impertérritos guerreros, se acometen con la clásica furia de los arrogantes centauros. Son dos lanzas, dos sangres, dos espíritus, dos poderes, dos mundos que enfrentados 15 días antes en Gámeza van por fin a dirimir superioridades. Ellos son el Capitán **Ramón Bedoya** y el Sargento **Chincá**. Es tal el ímpetu con que se atacan que el curso de la batalla parece detenerse para mirar a los dos héroes cuyos cuerpos firmemente ensamblados a sus cabalgaduras reproducen la clásica deidad mitológica. De impecable uniforme, vistosas insignias y brillante armadura el hispano; "descalzo, con calzón de manta que apenas le llega a la rodilla, larga camisa que lleva suelta por

fuera y sombrero muy alón" echado a la espalda el granadino; los dos, sudorosos, ambos con el cielo de su tierra en las pupilas y el amor por su patria consumiéndoles el atlético pecho, se atacan, esquivan los golpes, vuelven grupas, entrecrúzanse hombres, lanzas y brutos y en este juego de Marte ambos rinden honores al dios de la guerra. El realista logra al fin hacer blanco en el cuerpo del republicano; éste emite un rugido de furia que estremece el espacio y obnubilado por la ira traspasa con su arma al corajudo enemigo, uno de los más brillantes jefes de la caballería española. Revisitando gravedad la herida de **Chincá** es llevado con especial cuidado por orden del Libertador al día siguiente a Tibasosa, en un esfuerzo por salvarle

la vida; no obstante muere a los tres días siendo sepultado en dicha localidad. Cuenta la historia que el bizarro suboficial en el trayecto de Vargas a Tibasosa decía constantemente "Bedoya me pringó, pero también se fue" (26).

Con el pasaje anteriormente descrito y el feliz desarrollo de otras fases terminó la batalla. Con Chincá rindieron también su vida el valiente Coronel Roock y muchos más que no alcanzamos a relacionar aquí. La puerta para la libertad de la Nueva Granada quedaba abierta y Bolívar, a la cabeza de su ejército, inspirado por las almas de los valientes que atrás habían rendido su tributo a la muerte en aras de la grandeza de la patria, avanzaría hacia la victoria definitiva.

Volviendo la mirada a las Quequera del Medio y al Pantano de Vargas concluimos que, si en una batalla ha de plasmarse toda la gloria, la misión y la significación históricas de una fuerza arma o servicio, la Caballería Americana debe quemar incienso en el sitio y fechas recordatorios de la primera como lo hace el Arma Montada de Colombia de iguales circunstancias - la segunda. Cada batalla inmortaliza una frase: el "Vuelvan caras" del indomable Páez y "Salve usted la patria de Bolívar a Rondón, expresiones que han pasado en letras de oro a la posteridad. Y decimos esto por cuanto la independencia hispanoamericana, no obstante los teatros y personajes diferentes que en ella actuaron, constituye yó realmente una empresa continental.

NOTAS:

- (1) J. A. Páez. *Autobiografía del General José Antonio Páez*, 3ª ed. Nueva York, imprenta de N. Ponce de León, 1878. vol. 1, p. 171.
- (2) *Ibidem*, p. 101.
- (3) F. P. Santander citado por Páez en su *Autobiografía*, p. 130-131.
- (4) C. L. Peñuela. *Album de Boyacá*, publicación hecha bajo los auspicios del Gobierno Departamental. Bogotá, Casa Editorial de Arboleda & Valencia, 1919. Vol. 1, "La Campaña de 1819", p. 48.
- (5) R. C. Correa. *Diccionario de Boyacenses Ilustres*. Tunja, Imprenta Departamental, 1955, p. 93.
- (6) Páez, obra citada, p. 145.
- (7) *Ibidem*, p. 178.
- (8) D. F. O'leary. *Memorias del General O'leary*, publicadas por su hijo Simón O'leary, por orden del gobierno de Venezuela y bajo los auspicios de su presidente, General Guzmán Blanco... Caracas, Imprenta de la "Gaceta Oficial", vol. xvi, Documentos, p. 293.
- (9) *Ibidem*, p. 294.
- (10) Páez, obra citada, p. 154.
- (11) O'leary, obra citada, p. 294.
- (12) *Ibidem*.
- (13) Páez, obra citada, p. 184.
- (14) Peñuela, obra citada, p. 185.
- (15) Páez, obra citada, p. 182.
- (16) O'leary, obra citada, p. 371 y 389.
- (17) Peñuela, obra citada, p. 192.
- (18) C. Riaño. Nueva apreciación sobre el combate de Paya, en: *Revista de las Fuerzas Armadas*, (Bogotá, Imprenta de las Fuerzas Militares), vol. 10, Nº 3 (enero-febrero, 1965), p. 523-530.
- (19) Peñuela, obra citada, p. 232.
- (20) O'leary, obra citada, p. 407.
- (21) Peñuela, obra citada, p. 232.
- (22) *Ibidem*, p. 252.
- (23) *Ibidem*, p. 252.
- (24) C. Riaño. *Análisis histórico militar de Combate del Pantano de Vargas*, (Tunja, Departamento de Extensión Cultural de Boyacá, 1960), p. 28.
- (25) Peñuela, obra citada, p. 292-293.
- (26) Peñuela, obra citada, p. 293-300.